

9

Con sus ridas a Isidro, quien al jumento aplaca
La sed. ¡Le cincha. ¡La zega! ¡Lo zelincha.
Con la zega cargada se va al campo y la guida.
¡Prosaismos? ¡Dislate. ¡Lo seres ahí? ¡Nuevos.
Poético valor no está en las cosas mismas.
Bellas, feas, esperam era extrema mudansa
De la vision. ¡Lope, gemio, crea, renea
Con una extraordinaria variedad prodigiosa.
¡Madragador Isidro! Ya santo en poesia.
Jorge Guillen

ALGUNOS NACIMIENTOS EDUARDO GALEANO

EL LENGUAJE HUMANO

El Padre Primero de los guaraníes se irguió en la oscuridad, iluminado por los reflejos de su propio corazón, y creó las llamas y la tenue neblina. Creó el amor, y no tenía a quién dárselo. Creó el lenguaje, pero no había quién lo escuchara.

Entonces encomendó a los dioses que construyeran el mundo y que se hicieran cargo del fuego, la niebla, la lluvia y el viento. Y les dio la música y las palabras del himno sagrado, para que dieran vida a las mujeres y a los hombres.

Así el amor se hizo comunión, el lenguaje cobró vida y el Padre Primero redimió su soledad. El acompaña a los hombres y las mujeres que caminan y cantan:

*Ya estamos pisando esta tierra,
ya estamos pisando esta tierra reluciente.*

EL AMOR

En la selva amazónica, la primera mujer y el primer hombre se miraron con curiosidad. Era raro lo que tenían entre las piernas.

—¿Te han cortado? —preguntó el hombre.

—No —dijo ella—. Siempre he sido así.

El la examinó de cerca. Se rascó la cabeza. Allí había una llaga abierta. Dijo:

—No comas yuca, ni plátanos, ni ninguna fruta que se raje al madurar. Yo te curaré. Echate en la hamaca y descansa.

Ella obedeció al sabelotodo. Con paciencia tragó los menjunjes de hierbas y se dejó aplicar las pomadas y los ungüentos. Tenía que apretar los dientes para no reírse, cuando él le decía:



—No te preocupes.

El juego le gustaba, aunque ya empezaba a cansarse de vivir en ayunas y tendida en una hamaca. La memoria de las frutas le hacía agua la boca.

Una tarde, el hombre llegó corriendo a través de la floresta. Daba saltos de euforia y gritaba:

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

—¿Qué encontrastes?

—¡El remedio!

Acababa de ver al mono curando a la mona en la copa de un árbol.

—Es así —dijo el hombre, aproximándose a la mujer.

Cuando acabó el largo abrazo, un aroma espeso, de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

LOS COLORES

Eran blancas las plumas de los pájaros y blanca la piel de los animales.

Azules son, ahora, los que se bañaron en un lago donde no desembocaba ningún río, ni ningún río nacía. Rojos, los que se sumergieron en el lago de la sangre derramada por un niño de la tribu kadiueu. Tienen el color de la tierra los que se revolcaron en el barro, y el de la ceniza los que buscaron calor en los fogones apagados. Verdes son los que frotaron sus cuerpos en el follaje y blancos los que se quedaron quietos.

EL MIEDO

Esos cuerpos nunca vistos, los llamaban, pero los hombres nivakle no se atrevían a entrar. Habían visto comer a las mujeres: tragaban la carne de los peces con la boca de arriba, pero la mascaban con la boca de abajo. Entre las piernas, tenían dientes.

Entonces, los hombres encendieron hogueras, llamaron a la música y cantaron y danzaron para las mujeres.

Ellas se sentaron alrededor, con las piernas cruzadas.

Los hombres bailaron durante toda la noche. Ondularon, giraron y volaron como el humo y los pájaros.

Cuando llegó el amanecer, cayeron desvanecidos. Las mujeres los alzaron suavemente y los dieron agua de beber.

Donde ellas habían estado sentadas, quedó la tierra toda regada de dientes:

LA AUTORIDAD

En épocas remotas, eran las mujeres quienes cazaban y pescaban. Ellas salían de las aldeas y volvían cuando podían o querían. Los hombres montaban las chozas, preparaban la comida, mantenían encendidas las fogatas contra el frío, cuidaban a los hijos y curtían las pieles de abrigo.

Así era la vida entre los onas, hasta que un día los hombres mataron a todas las mujeres.

Solamente las niñas recién nacidas se salvaron del exterminio. Como no conocían el secreto, no había peligro.

Cuando se hicieron mujeres, les dijeron que servir a los hombres era su destino. Ellas lo creyeron. También lo creyeron sus hijas y las hijas de sus hijas.

LA SOBERBIA

A orillas del río Tapajós, un cazador escuchó el canto de la rana Wawa, que croaba agazapada en la cavidad de un tronco.

—Si fueras mi mujer —dijo el cazador—, bien que chillarías de dolor y de goce.

A poco andar, una hermosa muchacha se cruzó en su camino.

—Repítelo —le dijo, y lo abrazó.

Se revolcaron en la hierba.

En el mejor momento, Wawa recuperó su forma de rana. Con el pene del cazador preso en el cuerpo, se alejó dando saltitos.

Estaba lejos cuando lo soltó.

El cazador no podía moverse, de tanto que se le había estirado el pene. Estaba tan largo y pesado, que no había manera de enrollarlo a los hombros o a la cintura; y por más fuerza que hacía no conseguía arrastrarlo.



EL PODER

En las tierras donde nace el río Juruá, el Mezquino era el dueño del maíz.

Cuando los demás le pedían un granito, se hacía rogar. Si lo entregaba, lo entregaba asado, para que nadie pudiera sembrarlo.

Fue la lagartija quien pudo robarle, por fin, un grano crudo. Se deslizó, sigilosa, eludió a las serpientes y tarántulas que montaban guardia y se metió el grano en la boca, bien escondido atrás de la última muela. El Mezquino, que tenía los granos contados uno por uno, advirtió en seguida la falta. Atrapó a la lagartija y le desgarró las manos y los pies buscando el granito entre los dedos. Por eso la lagartija tiene, ahora, dedos larguísimos, y son puro dedo sus manos y sus pies. Como el granito no aparecía, el Mezquino le abrió con tanta furia la boca que desde entonces la lagartija ha quedado con esas fauces enormes, que le nacen de las orejas. El Mezquino hurgó en la boca y no encontró nada. La lagartija se desmayó de dolor.

Cuando despertó, era de noche. Pudo escurrirse, mientras el Mezquino dormía, y nuevamente eludió a los centinelas. Al amanecer, escupió el grano en la tierra de todos. Poco tiempo después, todos participaron de la cosecha.

El Mezquino también era dueño del fuego y se negaba a convidar. Nunca entregaba un tizón sin sumergirlo, antes, en agua.

Un día, el lorito se metió volando en la charca prohibida. Se posó sobre una rama y se puso a llorar. Lloraba a grito pelado. El Mezquino le arrojaba cuanta cosa tenía a mano y el lorito esquivaba los proyectiles.

—¡Fuera de aquí! ¡Vete a chillar a otra parte!

Pero el lorito lloraba cada vez con más estrépito.

Fue entonces que el Mezquino le tiró un tizón encendido.

Era lo que el lorito estaba esperando. Aferró el tizón con su pico, que era enorme como un pico de tucán, y huyó por los aires. Voló y voló, a toda la velocidad de sus alas, perseguido por una estela de chispas en el cielo. La brasa, avivada por el viento, le iba quemando el pico y lo hacía sufrir, pero el lorito no se detuvo.

Mientras tanto, el Mezquino batió su tambor mágico y desencadenó un diluvio.

El lorito ya había llegado al bosque. Alcanzó a poner el tizón candente al abrigo del hueco de un árbol, lo

dejó al cuidado de los otros pájaros y voló a mojarse bajo la lluvia violenta. El agua le alivió los ardores, pero perdió su gran pico para siempre. Por eso el lorito tiene ahora un pico corto y curvo; y si se mira bien, se puede ver la huella blanca de la quemadura alrededor de los ojos.

Todos los pájaros protegieron con sus cuerpos el fuego robado. Los que más cerca estaban del tizón, son los que han quedado con el plumaje rojo. Los de plumaje negro recibieron solamente humo.

LA GUERRA

Al amanecer, el llamado del cuerno anunció, desde la montaña, que era la hora de los arcos y las cerbatanas.

Cayó la noche sobre el valle. De la aldea no quedaba más que humo, cenizas y cadáveres.

Un hombre pudo tumbarse, inmóvil, entre los muertos. Untó su cuerpo con sangre y esperó. Fue el único sobreviviente de los palawiyang.

Cuando los enemigos se retiraron, ese hombre se levantó. Contempló su mundo arrasado. Caminó por entre la gente que había compartido con él el hambre y la comida. Buscó en vano alguna persona o cosa que no hubiera sido aniquilada. Ese espantoso silencio lo aturdió. Lo mareaba el olor del incendio y la sangre.

Sintió asco de estar vivo y volvió a echarse entre los suyos.

Con las primeras luces, llegaron los buitres. En ese hombre sólo había niebla y ganas de dormir y dejarse devorar.

Pero la hija del cóndor se abrió paso entre los pajarracos que volaban en círculos. Batió recia las alas y se lanzó en picada.

El se agarró a sus patas y la hija del cóndor lo llevó lejos.

LA CONCIENCIA

Cuando bajaban las aguas del Orinoco, las piraguas traían a los caribes con sus hachas de guerra.

Nadie podía con los hijos del jaguar. Arrasaban las aldeas y hacían flautas con los huesos de sus víctimas.

A nadie temían. Solamente les daba pánico un fantasma que había brotado de sus propios corazones.

El los esperaba, escondido tras los troncos. El les rompía los puentes y les colocaba al paso las lianas enredadas que los hacían tropezar. Viajaba de noche; para despistarlos, pisaba al revés. Estaba en el cerro que desprendía la roca, en el fango que se hundía bajo los pies, en la hoja de la planta venenosa y en el roce de la araña. El los derribaba soplando, les metía la fiebre por la oreja y les robaba la sombra.

No era el dolor, pero dolía. No era la muerte, pero mataba. Se llamaba Kanaima y había nacido entre los vencedores para vengar a los vencidos.

LA FIESTA

Andaba un esquimal, arco en mano, persiguiendo renos, cuando un águila lo sorprendió por la espalda.

—Yo maté a tus dos hermanos —dijo el águila—. Y te mataré, si no me obedeces.

—No quiero morir —dijo el cazador.

—Tus hermanos se negaron a cantar y a danzar. Si quieres salvarte, cuando vuelvas a tu pueblo celebrarás una fiesta y bailarás y cantarás.

—¿Qué es una fiesta? ¿Qué significa cantar? Y bailar, ¿qué es?

—Ven conmigo. Yo te enseñaré a tocar el tambor y a cantar y a bailar de alegría.

Las águilas ofrecieron una fiesta a los lobos, los zorros y los demás animales de la comarca. Hubo mucho y bueno de comer y de beber, y regalos para todos; y después llegó el turno de la canción y la danza. El tambor retumbaba tan fuerte como el corazón de la vieja madre del águila, que era capaz de guiar a sus hijos a través de las montañas, y los invitados bailaron y cantaron hasta la salida del sol.

El cazador regresó a su pueblo.

Mucho tiempo después, fue a visitar a las águilas y descubrió que la vieja madre y todos los viejos del mundo de las águilas estaban fuertes y bellos y veloces. Los seres humanos, que por fin habían aprendido a cantar y a bailar, les habían devuelto, desde lejos, desde sus fiestas, el calor de la sangre.

EL OTRO PABLO Y EL MINOTAURO

JOSE MARTIN ELIZONDO

PERSONAJES:

PABLO: Primero exiliado, deportado a los campos nazis después; sigue hoy exiliado.

ELLA: Su compañera.

LA BAILARINA DE AVIÑON.

(Un cuarto exiguo, mesa y dos sillas. Ella prepara la cena enfrascada en la limpieza de un montón de coles. El desenreda un atadizo de cuerdas. Música lejana de circo, como escapándose de la radio de algún vecino.)

PABLO (*narrativo*).—He aquí que el gran ojo luminoso se enciende. Yo me encuentro ya al pie del mástil...

ELLA.—¿No irás a escalarlo?

PABLO.—Antes introducirán el cerco para el salto de la fiera los de la tramoya.

ELLA.—Desde aquí te veo: parpadeas, les guiñas a las luces hasta que miras al palco de las autoridades del campo. No falta ninguno de los de Matausen. ¿Te acuerdas de todos?

PABLO.—¡De todos! Las reverencias de rigor. ¡No! Antes surgen los cantos de liberación y las canciones de nuestra guerra.

ELLA.—Antes o después, ¿qué más da? Y ¿de dónde sacas la música?

PABLO.—Cuatro deportados.

ELLA.—¿Cómo en Matausen?

PABLO.—Dos o tres violines, una flauta, un tambor, acaso una trompeta...